Velas Sudamérica 2010

Recalada Perú, crónica de un encuentro con la confraternidad y hermandad continental



Licenciado en Historia
ENRIQUE FLORES ROSALES



Buque Escuela "Simón Bolívar" en maniobra de ingreso a puerto – Armada Venezolana.

Por mi formación como historiador, siempre me interesó detectar ciertos aspectos o detalles dentro de diversos escenarios o coyunturas, los cuales evidencian una continuidad a lo largo de los años; aquellas señales que nos hacen exclamar: "Algunas cosas no cambian".

Y si bien en la esfera material son notables las diferencias, citemos la tecnología como un ejemplo — "el ejemplo", creo—, en el campo de los comportamientos y actitudes humanas los patrones se repiten y son constantes a través de los tiempos.

Por noticias y artículos en la prensa y en otros medios, la palabra "bicentenario" comenzó a tener presencia en los actos protocolares y efemérides diversas. Se

informaba que este año se cumplían doscientos años del inicio del proceso en América y que Chile y Argentina eran de las primeras naciones en celebrar tan magna ocasión. Nosotros, los peruanos, debemos esperar hasta el 2021 para iniciar los festejos oficiales. En este punto es inevitable la pregunta "¿y que estaré haciendo para ese año?"; interrogante que en algún momento todos nos hemos hecho. Por ello, para muchos de nosotros el término "bicentenario" no acarrea aún algo significativo; se percibe como algo lejano y revestido más que nada de connotaciones políticas.

No obstante, la experiencia histórica nos enseña que no deben desdeñarse los hechos pasados por cuanto ellos influyen en el devenir del presente. Más aún, términos como "hermandad", "fraternidad", "solidaridad", se perfilan como conceptos que escapan de los límites del tiempo y se sitúan por encima de él. Así, estas palabras que fueron esgrimidas a menudo en los tiempos de la Independencia, pueden marcar aún el recorrido de nuestros pueblos americanos.

A fines del año pasado se encargó a la Dirección de Intereses Marítimos e Información armar el plan de difusión y publicidad para una regata internacional que iba a tomar lugar en el 2010. Argentina y Chile serían los organizadores. Lo interesante de esta competencia era que tenía alcance a nivel continental, recalando en distintos puertos americanos, incluyendo el Callao, para lo cual se proyectaban ideas para una adecuada recepción.



Homenaje ante el monumento del Gran Almirante Miguel Grau – Escuela Naval del Perú.

A nosotros se nos enfocó en el tema de la publicidad y pusimos manos a la obra, coordinando con los organizadores de la etapa peruana —la Escuela Naval— las fechas y calendario de actividades. En los inicios, sólo se trataba de un trabajo más en nuestra agenda, pero a medida que avanzaban los días y nos involucrábamos cada vez más en el "movimiento" del evento, el sentido de responsabilidad empezaba a ceder para dar paso a la vivencia misma de esta experiencia que por primera vez se producía en el continente. Ello se daba también por la expectativa de las personas a las cuales llegábamos por motivos de difusión, que incluyeron a empresas comerciales, colegios, institutos superiores, universidades y las dependencias propias de Marina. El entusiasmo por poder acudir gratuitamente con los familiares a la Base Naval a observar los veleros era patente, siendo la inquietud mayor el saber si podrían subir a bordo de ellos.

"Todo se ponía a punto: las banderas respectivas, las últimas instrucciones al elenco de la Asociación Cultural "Brisas del Titicaca" para coordinar las danzas que se iban a ejecutar, nuestros lugares a la hora de que las naves llegaran; tratábamos de que no quedara nada sin desatender".

Nos tocó también apoyar al comité para recibir oficialmente a los participantes el 28 de abril, por lo que estuvimos muy temprano y correctamente vestidos (de saco y corbata los civiles, con uniforme blanco los militares) para dar la bienvenida a los visitantes. Todo se ponía a punto: las banderas respectivas, las últimas instrucciones al elenco de la Asociación Cultural "Brisas del Titicaca" para coordinar las danzas que se iban a ejecutar, nuestros lugares a la hora de que las naves llegaran; tratábamos de que no quedara nada sin desatender. Más de una vez discutimos arduamente por las pautas a seguir, pero al final los preparativos quedaban culminados.

El primer velero en arribar fue el español "Juan Sebastián Elcano". Por ser el inicio de la jornada, la expectativa fue grande. Posteriormente, le tocó el turno al "Guayas" de Ecuador, seguido por el "Libertad" de Argentina y el "Esmeralda" de Chile, todos buques escuelas de sus respectivos países. Cada uno de ellos realizó un ingreso particular: los españoles y argentinos presenciando en sus cubiertas con gran curiosidad el despliegue del elenco de danzas.



Los ecuatorianos, formados a lo largo y alto de las arboladuras, daban un espectáculo singular; en tanto que los chilenos, con su canto marcial, no pasaron inadvertidos. A lo lejos observamos la llegada del "Cuauhtémoc" de México y el "Europa" de Holanda, en este último destacando su tripulación civil, que contrastaba con los uniformes navales de las demás delegaciones. Más temprano habían llegado el "Gloria" de Colombia y el "Simón Bolívar" de Venezuela. En esos momentos deseábamos tener el don de la bilocación para poder presenciar simultáneamente el ingreso al muelle de todos los veleros, pero ello no era posible, por lo que lamentablemente nos perdimos el arribo del "Cisne Branco" de Brasil y los ya mencionados colombiano y venezolano.

La alegría originada en los visitantes por los bailes típicos y la sentida por nosotros al observar aquello, fue la primera vivencia que me hizo reflexionar: ahí estábamos, americanos y europeos, confundidos en saludos, risas y conversaciones. Y el mar, tal cual como antaño, había sido el agente comunicador para hacer posible aquellos encuentros. Traté en ese momento de imaginar cómo habrían sido los arribos de las naves coloniales a sus dominios americanos, las llegadas de los virreyes al primer puerto peruano y las incursiones de la Expedición Libertadora de San Martín. Pero no hacía falta en ese momento ser historiador; los elementos que hacían posible aquellas remembranzas estaban ahí, presentes para todos: la Historia se manifestaba.



Colorido recibimiento a veleros visitantes en la Base Naval del Callao.

Luego nos convocaron, sin estar planificado inicialmente, para participar en el recibimiento del velero uruguayo "Capitán Miranda" y "Sagres" de Portugal, el último en llegar. En varios de ellos ya las tripulaciones descendían para darle mantenimiento a las naves. Las peculiaridades en la vestimenta y el acento particular de cada nación sudamericana comenzaba a ser materia de comentarios, conversaciones e incluso bromas.

Sin embargo, lo vivido hasta este punto no pasaba de ser una experiencia de un grupo de personas pertenecientes a la Marina de Guerra que habíamos estado participando

en la organización. La prueba de fuego se daría en los días en que se permitiría la visita del público en general. Nuestro primer deseo era presenciar los resultados finales de nuestra campaña de difusión hecha previamente.

Se concedió permiso al personal para poder acudir el viernes 30 de abril, el primer día destinado para la visita del público en general. Inmediatamente me inscribí junto a mis compañeros de trabajo para acudir; otros coordinaban con sus familiares para coincidir en la hora de la visita. Llegamos temprano en la mañana, cuando aún no se abrían las puertas al público. Mi cámara fotográfica y mi filmadora estaban listas para registrar los momentos y situaciones que se dieran. Luego de un primer paseo observando la formación de las naves, pudimos acceder al primer velero: el "Cuauhtémoc" de México. A pesar de que aún no era el horario establecido, nos permitieron ingresar a su cubierta principal. Mi filmadora no cesaba de captar los interiores, en especial el lema que se ostentaba en la base del palo mayor: "Por la exaltación del espíritu marinero". Luego nos dirigimos al "Guayas" de Ecuador. Muy amables, sus tripulantes nos guiaban por los distintos compartimientos de la nave, mientras nos narraban sus primeras experiencias en tierras peruanas: algunos ya habían tenido la privilegiada oportunidad de conocer el Pisco y el Cebiche: *"lo primero que quisimos probar"*, según nos señaló uno de ellos.

"A pesar de que aún no era el horario establecido, nos permitieron ingresar a su cubierta principal. Mi filmadora no cesaba de captar los interiores, en especial el lema que se ostentaba en la base del palo mayor: "Por la exaltación del espíritu marinero".

Nos dirigimos luego a la chilena "Esmeralda", donde la tripulación nos dio amplia libertad para recorrer el velero y tomar las fotos que quisiéramos. En ese momento, ya las primeras personas habían ingresado, al igual que las delegaciones escolares que habían hecho un alto en las clases para disfrutar del singular espectáculo. Rápidamente la afluencia de público empezó a aumentar considerablemente y pronto el personal de servicio de cada velero empezaba a verse desbordado. El ambiente agitado y expectante contrastaba, sin embargo, con el apacible panorama que presentaba hasta esos momentos el "Europa", velero civil en el que parte de la tripulación descansaba despreocupadamente

"Público de todo tipo recorriendo las embarcaciones y admirando los cascos y las proas profusamente decoradas, mientras que en tierra las personas presurosas se dirigían a colocarse en las colas para no perderse la oportunidad de conocer de cerca las naves".

en un rincón de la parte trasera. Confiados en mis pocos conocimientos de inglés (*spanglish*, más bien) pudimos entablar una conversación con uno de ellos, el cual nos mencionó que aún no habían tenido tiempo para conocer los alrededores, pero que estaban ansiosos por hacerlo. Evidentemente, los atractivos del Callao y Lima serían conocidos por ellos posteriormente, gracias a los circuitos de recorridos turísticos que se habían programado.

Para esa hora, ya las personas formaban largas colas para cada una de las naves, lo que nos obligó a tomar un descanso en nuestro periplo y aprovechamos para un refrigerio en uno de los stands de comidas. Luego nos dirigirnos al muelle marginal para continuar el paseo. Qué panorama se nos ofreció en ese momento: una fiesta total se vivía en la base naval. Público de todo tipo recorriendo las embarcaciones y admirando los cascos y las proas profusamente decoradas, mientras que en tierra las personas presurosas se dirigían a colocarse en las colas para no perderse la oportunidad de conocer de cerca las naves, observando boquiabiertos las enormes banderas que flameaban imponentes y que si hubiesen caído habrían cubierto, sin duda, todo ese mar de gente. Las fotografías con las tripulaciones se contaban por todos lados. La banda de música de la Marina que animaba el ambiente se conjugaba con los stands de venta y promoción de nuestras atracciones turísticas. Personal de la Policía Naval resguardaba la seguridad. Era una postal humana pocas veces vivida.

Dentro de ese marco de festividad, nuevamente pasé a la reflexión: Además del sentimiento de hermandad general, había detalles en ese escenario que hacían alimentar el sentimiento de unión: el idioma, que nos hacía entendernos y compartir experiencias; las costumbres propias, que si bien difieren de las nuestras se nos hacen familiares por ser sudamericanos: la cumbia tocada en el velero colombiano, la samba que se dejaba escuchar en la nave brasileña, la ranchera del "Cuauhtémoc", ritmos que contagiaban y hacían más festivo el ambiente.



"El océano como fondo, la interrelación civil-militar, una conciencia marítima que se reforzó entre todos. Por encima había, pues, un hilo conductor que demostraba nuestra unión en medio de las peculiaridades propias.".

Al observar desde lejos la formación de los veleros, pensé también en una analogía: estaban ahí uno al lado de otro, el "Gloria" de Colombia y el "Simón Bolívar" de Venezuela... se iba más allá de las diferencias actuales. Imaginaba una postal aérea con los veleros correctamente ubicados en los muelles de la Base Naval, tan iguales como diferentes a la vez: todo un símil con la realidad americana. Y en medio de las nacionalidades se encontraba el público, de todas las clases sociales, disfrutando por igual de aquella oportunidad.

El océano como fondo, la interrelación civil-militar, una conciencia marítima que se reforzó entre todos. Por encima había, pues, un hilo conductor que demostraba nuestra unión en medio de las peculiaridades propias.

El día siguiente, 1 de mayo, también se había reservado para el público y, al ser feriado por el "Día del Trabajo", todo hacía prever una afluencia aún mayor de gente. Por diversas circunstancias mis familiares no pudieron ir, pero yo pensaba regresar una vez más. Sin embargo, recibí el mensaje en tono de broma de un compañero: *"No vengas!!!... Mentira. Ven nomás, pero está repleto"*. Muy obediente, desistí de acudir. Total, ya había disfrutado dos veces del espectáculo.

Nada hizo presagiar tal éxito del evento "Velas Sudamérica" en su etapa peruana. Era verdad: una cantidad impresionante de público se había hecho presente en la Base Naval. Las colas llegaban hasta la Av. Gambetta, pasando la seguridad bastantes apuros por darse abasto ante el flujo de gente que pugnaba por entrar. Imagino los aprestos que debieron tomar las tripulaciones de los veleros para atender a tal cantidad de personas: doscientas mil personas que fueron parte de este evento único en esos dos días.

La fotografía aérea aparecida en el diario "El Comercio" del domingo 2 de mayo es un testimonio gráfico más que elocuente. Por amigos que viven cerca a La Punta me enteré del espectáculo que habían brindado en días anteriores los veleros por las noches, ostentando su engalanado eléctrico y que ofrecían un ambiente fastuoso a la bahía del Callao.

Por todo ello, al final de la jornada, a todos nosotros no nos cabía otro sentimiento más que el de satisfacción. Nuestros esfuerzos habían sido coronados y llevados a un buen término. Las informaciones aparecidas en la página web oficial del evento mostraban que similar panorama se había repetido en cada una de las ciudades adonde llegaban los veleros.

Al observar ahora las fotografías de esos días estoy convencido de que en aquellas oportunidades, la palabra "bicentenario" dejó de ser lejana y se llenó de significación para los afortunados que pudimos ser partícipes. La hermandad y confraternidad vieron la luz nuevamente, como en tantas otras oportunidades suele suceder, y demostraron que el sueño de los Libertadores aún está vigente, tal cual lo señaló una vez Bolívar:

"La unidad de nuestros pueblos no es simple quimera de los hombres, sino inexorable decreto del destino".



Una visita para el recuerdo.

